

EL LENGUAJE DE LA GUERRA

¿Cómo nos lo cuentan?

Comunicar una noticia de guerra implica el compromiso de informar sin distorsiones. El lenguaje no debe enmascarar el hecho bélico, no debe distraer la noticia ni confundir el contenido



«CORTEJAR a China», «Recoger el guante» o «Ser un compañero de cama incómodo». Titulares de este cariz y otros muy similares se leen en la prensa y se escuchan en radio y televisión. Da igual el canal, el medio y la hora de emisión. Y conviene caer en la cuenta de que no se trata de una novela decimonónica al modo de *Madame Bovary*.

Lejos de ese relato, nos encontramos ante la «publicación» por entregas de la narración de la guerra tan actual y tan próxima entre Rusia y Ucrania. Es decir, que el lenguaje puramente literario ha saltado de su formato clásico y ahora se acomoda a las hechuras de otro más presente e instantáneo, de contenido bélico. Se trata, pues, del lenguaje con que los reporteros de guerra (nos) cuentan y me atrevo incluso a decir, avivan, su crónica desde el escenario en que ambos países mantienen dicha contienda.

Antes de avanzar en el desarrollo de estas líneas dedicadas al análisis y la reflexión acerca del idioma usado a tal efecto, debemos hacer una salvedad sobre lo que está ocurriendo en Europa. Según la esquina donde se coloque el protagonista o el interviniente, será una «operación delicada», o más bien una «recuperación», «conquista» o «reconquista». Conviene, por lo tanto, tomar cierta distancia y conceder medida al tiempo recurriendo a esa frase tan manida de «el tiempo pone a todos en su sitio», dado que ahora están las piezas del puzzle desmadejadas, como si de un manotazo alguien hubiera dado con ellas al traste.

En cualquier caso, si parece sostenible que lo que actualmente están viviendo, sufriendo y padeciendo esos países en lid, es eso: una guerra y una invasión, pero reitero que todo dependerá de la posición ideológica,

histórica y territorial de los contendientes más allá de las coordenadas espaciotemporales.

En lo que si hay unanimidad por parte de los comunicadores es en afirmar que se trata de una guerra y de una invasión. Hecha esta apreciación, nos toca analizar el lenguaje con que los periodistas transmiten este ¿conflicto? Y qué tipo de expresiones emplean para dar ¿fiel? cuenta del mismo entre ambos países.

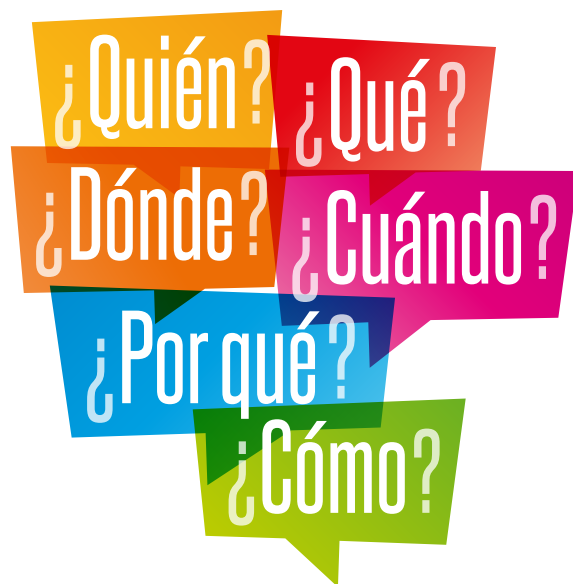
Las interrogaciones obedecen a las conocidas cinco preguntas que señorean el quehacer del periodismo y que se resumen principalmente en informar desde la veracidad, o sea, responder con exactitud el *qué, cómo, cuándo, quién y dónde* de una manera objetiva, con franqueza y sinceridad dejando al margen personalismos que distraen del meollo que acontece cerca de nuestras fronteras; me dirán que es difícil desproveerse, quitarse el traje del individuo que acude in situ y salirse del cuadro, en definitiva, tomar distancia como hemos citado antes.

Pues bien, por responsabilidad profesional y en favor de la ética individual, «conciencia y trabajo obligan»; es lo que hay que hacer. Si no, estarán haciendo otra cosa, pero no periodismo, de guerra, en esta ocasión concreta. Por lo tanto, no conviene emplear estereotipos manidos para dar juego comunicativo que a poco o a casi nada conducen, a no ser al tejido emotivo del oyente y del espectador.

Para informar se precisa de una buena dosis de cautela y prudencia o, de lo contrario, las alarmas saltan disparadas gracias a toda una batería de recursos lacrimógenos que empiezan a rodar desconsolados, dirigidos a las entretelas anímicas del receptor. El emisor enhebra un relato pasional y apasionado, conmovedor, sensible y sensibilero, pero hemos de ser capaces de separar el grano de la paja, la carcasa no puede alejarnos del contenido ni el envoltorio puede disimular o disfrazar la enjundia.

Sigamos: el heroísmo es innecesario, afirman desde el frente la propia población asediada, aunque estamos asistiendo a la presencia de algunos cuantos anónimos que necesitan «vidilla» en su cotidianeidad y juegan a periodistas, bienintencionados, seguro, pero llevados por una compulsión histriónica que se ve reflejada, corregida y aumentada en las redes, utilizando un lenguaje mucho más descarnado para motivar a sus seguidores, los famosos *followers*.

Cuidado con banalizar la conflagración, poco de frivolidad posee y ni esta guerra ni ninguna configuran un espectáculo que se dirime en un escenario de cartón piedra, con *atrezzo* ad hoc ni con mutis por el foro. La



Las expresiones lingüísticas de la guerra emulan un lenguaje literario, lleno de metáforas, comparaciones y símbolos.

parafernalia y la grandilocuencia son más bien propias de una comedia. Por eso, suscribo que el lenguaje no es la guerra, el lenguaje es un medio comunicativo, un recurso para entablar relaciones humanas e interactuar en un contexto concreto y determinado.

Rastreamos sin dificultad más testimonios por parte de la prensa, un elenco variado y variopinto que cuando menos estremece (me refiero siempre al idioma) y ejemplos de lo que se afirma apuntamos, entre otros, los siguientes: «un error de cálculo de imprevisibles consecuencias», «dureza, muerte y destrucción», «revivir pesadillas y vuelta a la guerra fría que ya no se recordaba».

Desde el punto de vista lingüístico, se advierten opiniones personales, recreación de un hilo narrativo muy atractivo y, sobre todo, impactante. Quizá con el subterfugio de lograr un mayor índice de audiencia... Si este es el objetivo, se están contraviniendo las cinco preguntas de las que he hablado líneas arriba. Y parece que la intencionalidad corresponde más a conciencias desaprensivas para las que todo vale y cualquier cosa vende y la guerra no se queda atrás, constituye todo un *best seller*, por desgracia no ficticio ni literario, sino real como la vida misma, muy real.

Me malicio y estoy casi convencida que de seguir intensificando el lenguaje a fuerza de comparaciones, me





táforas y símbolos se corre el riesgo de la «hartura» y del desinterés por parte de quien recibe la «información». Repetir insistentemente, reiterar momentos, alimentar el susto y el temor, la incertidumbre y el pavor... agota y aleja de la tragedia que se está librando en el frente. En suma, provoca el desdén de la información.

Y por supuesto, no podemos olvidar la sucesión de imágenes, a modo de fotogramas, el tono y la entonación, onomatopeyas, suspiros y desesperación, aditamentos que parten de la garganta de unos periodistas que mimetizan con el paisaje y el paisanaje para impresionar y convencer: un lirismo melodramático atiborrado de detalles y de adjetivos, voz entrecortada, frases escuetas y por supuesto en la mayoría de casos apreciaciones personales, como si de una tertulia de sobremesa dominical se tratara con la familia o con amigos.

Un poco más, una vuelta de tuerca más al lenguaje: hemos escuchado por parte de politólogos y comunicadores de todo pelo y pelaje que «se necesita una reacción contundente ante esta guerra de rasgos tan antiguos», todos ellos enfatizan el hecho de «estupefac-

ción» e «incredulidad» por «tocarle las narices a Putin y depender de un impresentable» (sic) y no dudan en enseñar y aleccionar «firmeza en la unidad».

Tengo la sensación de que el lenguaje lo mismo sirve para un roto que para un descosido y no les duelen prendas a los supuestos analistas en el «hableteo» acerca de un partido de fútbol, de los últimos avances en oncología, de la resaca dominical de nuestros estudiantes o de la prohibición de la fiesta taurina, *typical spanish*.

Soy de la opinión del compromiso con la profesión de informar: informar y no distorsionar. Informar y no deformar. Vigilar la cantaleta de oratoria hueca y darle sentido, el auténtico valor a las palabras. El léxico delimita y circunscribe los hechos que materializa mediante su expresión, siempre ajustada y medida. Ecuanimidad y templanza deberían ser las características esenciales a la hora de compartir hechos tan deplorables como la guerra que acontece. Se hace, por tanto, imprescindible dominear el lenguaje, retenerlo para no confundir. La justa palabra sin adornos ni máscara y así evitaremos la concatenación de errores en el discurso.

Hablar de la guerra supone una interiorización del lenguaje, una selección cuidadosa de qué se va a decir, a la vez que se exige una reflexión previa.

Y seguimos... «Invasión innecesaria», «el suministro de armas a Ucrania por parte de la OTAN contribuye a la dura resistencia del pueblo ucraniano», «bazas por jugar con armas químicas y nucleares». Sí, todo ello nos lanza a un mundo distópico, una realidad «desreal». Y el imaginario popular no conoce fronteras ni límites. Se trata de un lenguaje marcado por el acoso y derribo, una apisonadora que grita y aplasta a su paso. Frases y más frases de un alcance difícil de medir y es importante no perder el equilibrio.

Es cierto que no podemos (ni debemos) eludir la tragedia de seres humanos. Drones, satélites, refugios, exclu-



sión aérea, checkpoint... Elementos imprescindibles en cualquier guerra que se libere en nuestros días y leemos: «terrible ataque y cruel matanza, mientras el resto de refugiados huyen desesperados y entristecidos», «silencio inquietante», «repartiendo terror»

o «Putin enloquecido y Zelenski resignado». De nuevo el «ornato adjetival», el celofán distrae la atención. Es indudable que las palabras ataque, matanza, desesperación, tristeza... sin adyacentes, componen una familia léxica de pesadumbre inapelable. Desde mi punto de vista, apelamos, por consiguiente, a la pragmática conversacional del discurso periodístico propuesta en 1975 por el inglés Paul Grice: aportar la cantidad necesaria de información, ni más ni menos, intentar que su contribución sea ver-

El lenguaje, en el caso que nos ocupa, ha de ir directo al cerebro al cumplimiento de la función representativa, sin necesidad de aderezos literarios que conducen a la confusión y lo que es peor, a la desgana de una noticia que disuade.

ánimos. Emitidas con mesura y comedimiento desde la auténtica realidad aproximan al otro, tienden puentes y aúnan fuerzas, rompen barreras sin tanques ni morteros. El verbo que ya existió desde el principio no es el conflicto, ni la lucha;

el verbo, palabra proferida, facilita el sentimiento común de hermandad: una solidaridad más allá de nosotros mismos, sin hipérboles ni demostraciones poco veraces. La palabra de la guerra ha de traer paz a los contendientes, a los protagonistas a quienes intervienen y a los que observamos desde distintas posiciones. Lenguaje de paz en esta guerra y en tantas otras que desgraciadamente han quedado solapadas, lingüística y activamente.



dadera, pertinente y de relevancia, sin olvidar la claridad. Todo ello redundará en beneficio del acto comunicativo real y efectivo.

El lenguaje, en el caso que nos ocupa, ha de ir directo al cerebro al cumplimiento de la función representativa, sin necesidad de aderezos literarios que conducen a la confusión y lo que es peor, a la desgana de una noticia que disuade.

Las palabras, ese gran tesoro que nos hace más humanos, consiguen la *captatio benevolentiae*, provocan desazón y susto, atrapan voluntades y desencajan

Esperemos que la memoria humana no sea frágil. El idioma nos permite crear sin manipulaciones, favorece cotejar valores éticos y compartir. «Las armas siguen hablando»... Expresiones y frases lapidarias, sentencias y refranes referidos a la guerra que amalgaman toda una oratoria del lenguaje sin espacio al «halo de esperanza» que todos añoramos y deseamos.

PILAR ÚCAR
Facultad de Ciencias Humanas y Sociales
Universidad Comillas